

DEL MEDIO FÍSICO AL PAISAJE CULTURAL

FROM THE PHYSICAL ENVIRONMENT TO THE CULTURAL LANDSCAPE

Jacinto Prieto Pando¹. Departamento de Bienestar Social.
Ayuntamiento de Elche (Alicante)

Recibido: 25-2-2019

Aceptado: 27-6-2019

Resumen

Partiendo del enfoque etnográfico realizado en los inicios del siglo XXI, con el colectivo de mineros que habitan entre la Cuenca Minera de Sabero (León) y la población costera de Torrevieja (Alicante), este artículo analiza el concepto de *paisaje cultural*, esa transformación del medio ambiente por factores antrópicos que tiene una gran influencia dentro de los referentes que conforman la identidad.

Palabras claves: Antropología, Paisaje Cultural, Identidad, Minería.

Abstract

Starting from the ethnographic approach carried out at the beginning of the 21st century, with the group of miners that live between the Sabero Mining Basin (León) and the coastal population of Torrevieja (Alicante), this article analyses the concept of cultural landscape, that transformation of the environment by anthropic factors has a great influence within the referents that make up the identity.

Keywords: Anthropology, Cultural landscape, Identity, Mining.

¹ Licenciado en Antropología Social y Cultural. Doctor por la Universidad de Murcia, dentro del Programa de Sociedad, Desarrollo y Relaciones Laborales. E-mail: prietojacinto@gmail.com

Del medio físico al paisaje cultural

Entendiendo el paisaje como la parte de un territorio que puede ser observada desde un determinado lugar, podemos considerarlo como el resultado de la acción de la naturaleza, de la labor humana o de ambas a la vez, si bien en el siglo XXI son pocos los entornos físicos que se pueden considerar íntegramente naturales, debido a la influencia de la acción humana: tanto directamente con sus actividades; como indirectamente con los efectos de estas sobre el medio ambiente.

La influencia del hombre sobre el paisaje lo convierte en paisaje cultural, que viene definido como:

La transformación de una parte de la naturaleza que realiza el hombre para configurarla, usarla, gestionarla y también disfrutarla de acuerdo con los patrones que dimanan de su propia cultura [...] incluir en este concepto tanto las características de la zona natural como las formas impuestas al espacio físico por las actividades humanas, tanto la estructura física de un territorio como su orden cultural (Munárriz, 2007:64)

El paisaje cultural se ha construido y reconstruido sobre los entornos naturales según las necesidades e intereses del ser humano. Estas intervenciones han ido cristalizando en los espacios físicos donde habita, y por ello las formas diferentes que adquiere un determinado paisaje reflejan aspectos significativos de la cultura existente en cada época y lugar. Claros ejemplos de la intervención del ser humano en el paisaje son aquellas que, con el propósito de resolver la necesidad de poner en contacto dos comunidades separadas por un río, le llevan a construir puentes que le permiten superar ese obstáculo natural; o la construcción de resguardos que les protejan de las inclemencias ambientales.

El geógrafo Sauer, en su obra la Morfología del paisaje, apuntaba que: “El paisaje cultural es creado por un grupo cultural a partir de un paisaje natural. La cultura es el agente, el área natural es el medio, el paisaje cultural es el resultado.” (Sauer 1925; Munárriz en Lisón, 2012: 261). El ser humano como agente transformador del medio ambiente, lo modifica con su actividad según sus intereses y necesidades, alterando su funcionamiento y generando cambios en el paisaje. Concebimos el *paisaje cultural* como algo más que el lugar físico inscrito en las coordenadas espacio-temporales donde transita el ser humano e inscribe sus transformaciones: además del escenario “natural” que abarca elementos geográficos (ríos, montañas, costas) y elementos ambientales (clima, vegetación, agua, fauna), lo percibimos como un espacio relacional al que pertenecemos y que nos identifica como la especie más transformadora del medio ambiente. Munárriz señala que:

La visión de territorio a través de la categoría de “paisaje cultural” permite superar la

tradicional y omnipresente dicotomía de naturaleza/cultura para ver la relación hombre/medio a través de una causalidad circular, es decir, a través de una visión recursiva de la interacción que a lo largo de la historia los seres humanos han establecido y siguen estableciendo con el territorio. También permite superar la visión positivista y mercantilista del territorio para prestar igual atención a la dimensión natural y sociocultural. (2007: 55)

Esta nueva concepción del entorno como *paisaje cultural* plantea tener en cuenta la interacción recíproca de las personas y su medio, conlleva una re-significación del entorno en el que se contemplen otras funciones de los paisajes que, además de ser enclaves productivos, inciden en la calidad de vida y son portadores de identidad.

El concebir el paisaje como enclave productivo pone en evidencia el uso y tratamiento que se ha dado y se da al medio ambiente, especialmente al medio físico: el suelo, los bosques y las aguas, en aras de aprovecharlos como fuente de sustento y aprovisionamiento. Estos usos han ido variando en relación con las diversas actividades con las que el ser humano ha ido resolviendo sus necesidades y que pueden ser contempladas desde los distintos sectores productivos:

La roturación de la tierra, el escalonamiento de los montes a través de bancales, la deforestación, el aplanamiento de terrenos, el encauzamiento de ríos, la construcción de presas, el amontonamiento de despojos, son cambios en el paisaje propios de sociedades dedicadas a la agricultura y a la ganadería, que aprovechan los suelos para desarrollar en ellos las actividades agrícolas y el aprovechamiento de los pastos para el ganado. En este sector abundan paisajes rurales donde se localizan poblaciones que comparten actividades comunitarias, y a su alrededor se dispersan viviendas independientes que disponen de terreno para cultivar.

La actividad industrial comprende diversidad de acciones realizadas por los humanos para la obtención, transformación y transporte de productos naturales, cuyos resultados son utilizarlos como productos elaborados con los que resolver sus necesidades. El desarrollo de este modelo productivo se acelera en el siglo XVIII con la Revolución Industrial ocupando los territorios con instalaciones fabriles y reorganizando la estructura poblacional alrededor de ellos creando nuevos asentamientos y dotándolos de servicios, hechos que promueven el crecimiento demográfico en la zonas y el despliegue por el territorio de todo el complejo industrial del que se acompañan.

El sector del turismo, entendido en la amplia extensión del término, abarca distintas formas de relacionarse con un territorio distinto al cotidiano: desde la visita esporádica a una amplia gama de estancias temporales. Es un sector en constante crecimiento que propone una diversidad de formas de relacionarse con el territorio, entre ellas: rutas de senderismo, recorridos

culturales, construcción de viviendas y urbanizaciones en entornos paradisiacos.

Estos modos distintos que poseen las personas de relacionarse con el medio tienen en común que influyen y son influidos por los recursos de la naturaleza; pero se diferencian en que lo hacen con distintas planificaciones territoriales, diferentes diseños urbanísticos y tipos de viviendas, con diversas formas de acondicionar el espacio a sus necesidades y de interpretar el paisaje, así como también con diferentes repercusiones en el medio ambiente.

Más allá de la utilización del espacio natural como lugar de abastecimiento, medio donde aprovisionarse de materias primas o como recurso transitable, se re-descubre el paisaje como un bien en sí mismo, cargado de potencialidades. Surge una concienciación social de que es un bien común, en contraposición a los espacios urbanos densamente poblados, faltos de espacios verdes y propensos a la contaminación. El entorno natural incide en la calidad de vida de todos los seres vivos y en particular de las personas. Surge esta nueva función del paisaje como soporte de actividades saludables y lúdicas, lugar cuidado y protegido que aporta calidad de vida a los seres que en él habitan, que tiene su exponente comercial en el ámbito turístico responsable, que busca también un rendimiento económico al acercar a las personas a espacios naturales, pero siendo más cuidadoso con el medio ambiente, a diferencia de otras formas de turismo especulativo.

Otra de las funciones del paisaje es que representa una fuente de identidad, entendiendo identidad aquí como la relación afectiva con el lugar donde se nace o se vive, la conciencia de pertenencia, de sentirse unido a un territorio representado por los paisajes más o menos modificados por el hombre y por las construcciones urbanísticas integradas en ellos. Como apunta Munárriz (2011a: 75): “El paisaje es la proyección cultural de una sociedad en un espacio concreto, es uno de los elementos identitarios más excepcionales que posee” Además de las características naturales del espacio físico, las formas alteradas, construidas y reconstruidas por la actividad humana, es claramente relevante su utilización y el significado que se les otorga. Se promueve valorar el paisaje como el *entorno circundante* de la persona, una extensión de ella misma, algo que le pertenece, que forma parte de su vida y que ha configurado su *yo*. El territorio se convierte en un espacio habitado y sentido, con una fuerte interacción persona-medio, que se afianza con las vinculaciones de sentimientos y emociones del ser humano hacia el entorno en el que habita, destacando con ello la importancia que tiene la *inteligencia emocional* a la hora de adaptarse al medio (Hurtado, 2015: 278) y que viene a convertirse en la forma de relacionarse con él. A la función productiva del territorio que proporciona alimentos, se une el valor emotivo que se vincula a los paisajes peculiares, al ser considerados como signos de identidad frente a las dinámicas de homogeneización y globalización actuales.

Los *paisajes culturales* son espacios con los que se identifican los habitantes de una región: valles, montañas, ríos, etc., que se fusionan con entramados urbanísticos, constituyendo paisajes impregnados de cultura que conservan las huellas del pasado y que de distintas maneras marcan la vida de las personas, sus apegos al territorio.

(...) Cuando vuelvo al pueblo me encuentro bien, paso los días en el monte o paseando por la orilla del río. Me siento orgulloso de haber vivido la infancia por estas montañas [...] Lo malo son los inviernos que no queda gente aquí, porque todos salimos huyendo del frío y de la nieve. Pero aquí pasamos media vida, duros inviernos con nevadas de metro, que cubrían todo de nieve durante días y días, eso no se olvida, es algo tuyo que llevas grabado en la memoria. Cuando salen en la tele imágenes de los puertos cerrados y la nieve de la carretera recuerdo las aventuras que pasé en este pueblo y me emociono (...) (Prieto, 2017: 246-247)

Este informante, como muchas personas que han vivido en el norte de España y una vez jubilados del trabajo en las minas se trasladan a pasar los inviernos a otra región más cálida del Mediterráneo, sigue rememorando el paisaje en el que ha vivido gran parte de su vida, y lo considera como algo propio que ha integrado en su experiencia, nos habla de la importancia del paisaje y del clima como referentes de identidad para aquellas personas que habitan un determinado tiempo en un territorio.

Siguiendo la idea de que la tierra es un ser vivo, contemplada en la hipótesis de Gaia (Lovelock 1985), se observa la influencia recíproca entre el ser humano y el medio ambiente, se considera la naturaleza como un *modelo ecosistémico*, donde las personas forman parte de la naturaleza y están en constante interacción, influyen en ella y son influidos por ella. El medio ambiente condiciona la actividad humana, facilitando o limitando sus acciones, como pone de manifiesto los diferentes climas, mientras el ser humano inscribe sus transformaciones en el espacio circundante modificándolo según sus necesidades:

Vivimos y participamos en el funcionamiento global de la naturaleza. Pero más allá de este dato trivial subrayamos que en el modelo ecosistémico que defendemos, el medio ambiente constituye una dimensión esencial de la identidad porque partimos de ese principio: tan importante es el sistema como el medio en el que se desenvuelve el sistema. No solo lo vemos como un hábitat sino también como una parte o elemento esencial de la persona. Sistema y entorno constituyen y conforman la estructura ontológica del ser humano. (Munárriz, 2011b: 72)

Esta interrelación que se presenta en el paradigma ecosistémico, en la que entorno y persona forman un todo complejo pero unitario, constituye una de las bases sobre las que se asienta la identidad, un componente destacado en la construcción del *yo* y del *nosotros*. Al definir quiénes somos lo hacemos principalmente desde los aspectos sociales pero también

desde el paisaje y las coordenadas de un entorno físico cada vez más socialmente construido.

El paisaje como esa “parte visible del medio ambiente” que al mismo tiempo que proporciona orientación es fuente de sustento y abastecimiento, puede contribuir con sus diversas características a la disminución o al aumento de la calidad de vida y convertirse en un espacio simbolizado que estimula la identidad.

El *paisaje cultural* forma parte del patrimonio cultural que se transmite de generación en generación, es el reflejo manifiesto de la cultura de cada época y lugar al mostrar la actividad humana predominante en el territorio, expresa las perspectivas humanas del espacio y del tiempo influidas por aspectos socioculturales, económicos y ecológicos. El *paisaje cultural*, en definitiva, propone la humanización del espacio, valorar las distintas funciones del territorio y prestar atención a las personas como agentes transformadores.

La dimensión territorial nos muestra que la relación del hombre con el territorio, el cual nos sostiene y nos sustenta, va más allá de una realidad existencial: se trata de un territorio que compartimos con otras personas, animales y plantas, y también viene a ser un espacio donde se dan múltiples relaciones sociales y culturales: “*se trata de un espacio socializado y culturizado, de tal manera que su significado sociocultural incide en el campo semántico de la espacialidad y que tiene, en relación con cualquiera de las unidades constitutivas del grupo social propio o ajeno, un sentido de exclusividad, positiva o negativa*” (García García, 1976: 29). Es el territorio o espacio geográfico considerado como elemento físico, paisaje, hábitat, escenario, entorno vital, que constituye las primeras referencias de las personas, condiciona y marca sus caracteres, para posteriormente erigirse en una evocación del tiempo y del espacio. Esto ha sido reiteradamente ensalzado por escritores que en sus obras literarias disertan sobre la importancia de la infancia, los recuerdos y el paisaje en la conformación de la identidad, como Azorín (1999) en sus descripciones sobre los paisajes llanos de Castilla y Julio Llamazares (1982) al escribir sobre la memoria de los paisajes nevados de las montañas de León.

Vemos que, frente a enfoques naturalistas con posturas inmovilistas de las sociedades tradicionales que presentaban una identidad como esencia pura, fija, permanente, prístina, sin contacto, estable, inmutable, relacionada directamente con lo biológico, que en ocasiones ha sido usada para justificar la discriminación, surge el enfoque culturalista que relaciona más la identidad con la socialización y con la herencia cultural, que si bien es más dinámico, se mantiene en relacionar la identidad con el grupo de origen. Así, Barth (1976) y Giménez (1996) ven la identidad como una “*manifestación relacional*” donde no hay identidad sino es en relación con el *Otro*, y reclaman un enfoque relacional y situacional, donde el individuo tiene un margen de maniobra a la hora de construir su identidad según con quién se relacione y en

qué contextos sociales lo haga.

Este enfoque relacional y su perspectiva dinámica de la identidad toman protagonismo en la actualidad con la globalización, debido a que las identidades al igual que las sociedades donde se dan, se vuelven dinámicas, de riesgo (Beck 2002), con múltiples dimensiones, híbridas (García Canclini 2001), en constante cambio como señala Friedman: “La desintegración de un universo en el que todo el mundo estaba en principio antropológicamente posicionado (...) origina una explosiva creatividad cultural, impulsada por el deseo de establecer una identidad en un mundo repentinamente despojado de posiciones fijas” (2001: 345-346). Y también, identidades pasajeras y liquidas como apunta Bauman: “En nuestro mundo fluido, comprometerse con una sola identidad para toda la vida, o incluso menos que para toda una vida, aunque sea por un largo tiempo aún por venir, es arriesgado. Las identidades están para vestirlas y mostrarlas, no para quedarse con ellas y guardarlas” (2007: 188).

Que los espacios sociales estén contruidos desde posiciones fijas o inestables no impide que los individuos y grupos se relacionen, ni que los cambios de posiciones sociales se den y se ponga de manifiesto que la identidad es dinámica, adaptativa, que tiene varias dimensiones y que puede ir variando de manera intrageneracional e intergeneracional. En pleno siglo XXI, en la sociedad occidental, cuya característica es la inestabilidad, donde los continuos cambios empujan al ser humano a redefinirse constantemente, a reinventar sus identidades experimentando que estas no tienen porque ser fijas, ni acompañar de por vida, se comprueba que las identidades tienen una naturaleza variable, que se pueden negociar y renovar. Pero no por todo ello dejaremos de remarcar el carácter complejo y dual de la identidad que por una parte nos retrae a la añoranza del pasado y por otra nos sitúa en la aceptación del continuo cambio, de la modernidad.

En la tesis doctoral sobre la identidad y la conciencia de los mineros asturianos y leoneses que trasladaron su residencia a la población costera de Torrevieja (Prieto: 2017), se considera que el viaje cumple la función de sacarnos de un territorio y trasladarnos a otro, un cambio de escenario donde residir. Aunque aquí nos encontramos con dos regiones españolas que no presentan grandes diferencias culturales en las generalidades dentro de lo económico, político, religioso, etc., presentan singulares manifestaciones culturales basadas en los referentes del ecosistema, así como los modos de vida que se identifican con ellos: ocupación del tiempo, actividades laborales, pautas de descanso, formas de vestir, alimentación, etc.

Al reflexionar sobre las manifestaciones del *paisaje cultural* en ambos territorios, se observa que en las cuencas mineras predomina un ecosistema montañoso, de paisaje escarpado, con ríos contaminados por la industria extractora de carbón y un clima lluvioso con nieves en

invierno, que induce a un modo de vida vinculado a este hábitat.

Foto 1. Paisaje de la Cuenca Minera de Sabero



Fuente: archivo fotográfico de HSA. SA

En estos lugares se ha producido una transformación del paisaje que se manifiesta en montones negros de carbón y escombros diseminados por los montes, testimonios físicos como el que se muestra en la fotografía de una montaña con restos de carbón que quedará como muestra de la industria que en estos territorios aconteció, manifestaciones de la acción del hombre en la naturaleza que ocasionan variaciones paisajísticas. Esta actividad tiene una gran capacidad de transformación del medio ambiente, y durante más de un siglo de asentamiento en estos territorios ha generado una huella bien visible.

Al cambiar de lugar de residencia y establecerse en Torrevieja surge la necesidad de volver a significar la nueva realidad circundante, reformular las apreciaciones sobre el espacio y el tiempo: ahora se encuentran en una *población turística de sol y playa*, con veranos calurosos e inviernos suaves, escasas precipitaciones; un clima mediterráneo que también induce a determinados comportamientos.

Foto 2. Paisaje de las Salinas de Torrevieja.

Fuente: elaboración propia.

El paisaje exhibe playas y paseos a lo largo del litoral marítimo, y un interior urbanizado junto a las dos salinas rodeadas de montones blancos de sal que, como los de la fotografía, con sus característicos perfiles forman parte del paisaje de Torrevieja durante todo el año.

Estas dos imágenes vienen a mostrar que las personas en los distintos hábitats han generado distintos paisajes culturales que son la expresión de manifestaciones que se han desarrollado o desarrollan en cada zona. En ambos casos observamos acumulación de productos: por una parte del oscuro carbón o escombros que representa el pasado de las minas y por otra, la imagen de montones blancos de sal que simbolizan esa luz característica de este lugar de residencia a orillas del Mar Mediterráneo.

Examinando el *paisaje cultural* desde una perspectiva más amplia, el colectivo de los mineros no es un grupo aislado de personas que ven cómo se transforman sus referentes, sino que se incluyen en la población mundial que sufre las consecuencias de un proceso de globalización entre cuyas características se encuentra: “El derrumbe de un sistema y una forma de vida que nos servía de referente” (Antón Hurtado en Munárriz Coord. 2016: 72). En la época actual, ninguna sociedad, ni por tanto su cultura, es impermeable a las influencias de otras: todas son influenciadas por los intercambios culturales que favorecen la homogenización cultural que promueve la pérdida de costumbres y tradiciones.

Este colectivo, con sus desplazamientos, es un ejemplo más de la multitud de estos movimientos sociales que se están dando en la actualidad:

En la modernidad aumenta el número de personas que se encuentran en proceso de “desterritorialización o reterritorialización”. Con esta me refiero a dos procesos: la pérdida de la relación natural de la «cultura» con los territorios geográficos y sociales, y, al mismo tiempo, ciertas relocalizaciones territoriales relativas, parciales, de las viejas y nuevas producciones simbólicas. (García Canclini, 2001:281)

Vivir entre varias culturas, sintiendo distintos paisajes culturales como viven estos mineros, es un proceso de dejar atrás unos referentes territoriales, sociales o mitológicos y enfrentarse a otros diferentes, reajustar todo el entramado cultural de origen que se ve despojado de algunos referentes que lo sustentan al incorporar otros nuevos. La cultura va más allá de mantener costumbres y tradiciones: se inscribe en lo ideológico, en las elaboraciones personales con las que cada uno conjuga el pasado que recuerda, el presente que experimenta y un futuro que desea, donde el *paisaje cultural* juega un papel esencial.

Referencias

- Álvarez Munárriz, L. y Antón Hurtado, J. M. (Edts.) (2001). *Antropología del Mediterráneo*, Murcia, Godoy.
- Álvarez Munárriz, L. y Antón Hurtado, J. M. (Edts.) (2002). *Identidad y pluriculturalidad en un mundo globalizado*, Murcia, Godoy.
- Álvarez Munárriz, L. (2007). “Conciencia y conducta medioambiental: los paisajes culturales”. *Intersticios*, Revista sociológica de pensamiento crítico, 1.
- Álvarez Munárriz, L. (2011a). “La categoría de paisaje cultural”. *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*, 6/1, pp. 57-80.
- Álvarez Munárriz, L. (Coord.) (2011b). *Conciencia e identidad regional en la Comunidad de Murcia*, Murcia, Fundación Séneca.
- Álvarez Munárriz, L. (Ed.) (2016). *El poliedro de la conciencia: Cerebro, Interacción y Cultura*, Valencia, Tirant Humanidades.
- Antón Hurtado, J. M. (2015). “Antropología del miedo”. *Methaodos. Revista de Ciencias Sociales*, pp.262-275.
- Antón Hurtado, J. M. (2016). “Conciencia y emoción”. En: Álvarez Munárriz, L. (2016). *El poliedro de la conciencia: Cerebro, Interacciones y Cultura*, Valencia, Tirant lo Blanch.
- Azorín: José Martínez Ruiz . (1912) [1999]. *Castilla*, Madrid, Espasa Calpe.
- Barth, F. (Comp.) (1976) [1969]. *Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias culturales*, México, FCE.
- Bauman, Z. (2006) [2007]. *Tiempos líquidos*, Barcelona, Tusquets.

- Beck, U. (2002). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.
- Caro Baroja, J. (1982). “La interpretación Histórico-Cultural del Paisaje” *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, XXXVII.
- Friedman, Jonathan. (2001). *Identidad cultural y proceso global*, Buenos Aires, Amorrortu.
- García Canclini, N. (2001). *Culturas híbridas, Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Barcelona, Paidós.
- García García, J. L. (1976). *Antropología del territorio*, Madrid, Taller Ediciones.
- Giménez, G. (1996). “La identidad social o el retorno del sujeto en Sociología”, En: *Identidad: análisis y teoría, simbolismo, sociedades complejas, nacionalismo y etnicidad. III Coloquio Paul Kirchhoff*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, pp.183-205.
- Lisón Tolosana, C. (2012). Teoría etnográfica de Galicia. *Antropología cultural de Galicia IX*, Madrid, Akal.
- Llamazares, J. (1982). *Memoria de la nieve*, Madrid, Nórdica Libros.
- Lovelock, J. (1985). *Gaia, una nueva visión de la vida sobre la Tierra*, Barcelona, Orbis.
- Mandianes, M. (2014). *Viaxe sen retorno*, Santiago de Compostela, Gotelo Blanco.
- Prieto, J. (2007). *Mineros asturianos en Torreveja. Un estudio antropológico sobre movilidad y residencia*, Torreveja, Instituto Municipal de Cultura.
- Prieto, J. (2017). *Identidad y conciencia en un cambio de forma de vida. Del trabajo en las minas a la jubilación en Torreveja*, (Doctorado), Universidad de Murcia.
- Sauer Carl, O. (1925). “The morphology of landscape”, University of California. *Publications in Geography*, 2, pp.19-54.
- Watsuji, T. (2006). *Antropología del paisaje: climas, culturas y religiones*, Salamanca, Sígueme.